

“Noticias oficiales y las únicas autorizadas por el misterio de Estado concernientes al bandido Felice Tavola, falsamente llamado el barón de Altamonte, y mas conocido aún con el nombre de “El Porporato.....” Lista completa de los hombres á quienes ha dado muerte, y de las mugeres que se ha robado..... Noticias pormenorizadas de su compañía..... nombres de sus cómplices. Se da noticia igualmente del lugar y la hora de su ejecucion. Contiene su retrato muy parecido, dibujado al natural por uno de nuestros mas célebres pintores..... Ocho páginas de impresion..... hermoso papel..... *cinque calle* (cinco centavos).”

Peter Paulus pudo desprenderse, gracias á las oscilaciones de la multitud, abandonando á Frasconi, para correr tras de la Marinaja, como llamaban por todas partes á la nueva vendedora de papeles.

Encontróse de pronto junto á ella, á causa de una ondulacion de la multitud, y presentó su mano para obtener una *Noticia*.

La Marinaja lo miró fijamente.

En vez de darle la noticia, le tomó la mano, y lo atrajo hácia sí.

—Por qué no estás tú en la Magdalena? murmuró ella. Has visto á Beldemonio?..... la hora se acerca..... todos los ingleses están allá!

Los ingleses! este era otro cuento!

Con qué habia ingleses en el asunto?

Qué diablo de conspiracion se tramaba, pues, en esa Strada-di-Porto, entre la espesa humareda de esos braseros al aire libre, y en medio de esa bulliciosa alegría?

La multitud, que se condensaba á cada instante, y se hacia mas bulliciosa, mas exaltada, tenia parte en la conspiracion?

Peter Paulus se inclinaba á creerlo. Miraba ya con inquietud á los que le rodeaban, y le parecia que tenian rostros amenazadores.

Aquellas risas no eran para él de buena ley; y toda esa alegría le parecia contrahecha.

Habia detrás de ese esceso de alegría, un volcan próximo á estallar!

De suerte, que Nápoles se hallaba positivamente entre dos volcanes, de los cuales el menos peligroso era el Vesubio.

Y sin embargo, sus esfuerzos por atravesar la multitud y correr á casa del intendente de policía, se disminuian y aflojaban. Se dejaba llevar de aquí para allá por el gentío, hundido como estaba en sus profundas meditaciones.

V.

EN DONDE LOS MOTIVOS DE ASOMBRO DE PETER PAULUS VAN EN CRESCENDO, Y DE COMO ESOS MOTIVOS CAUSAN MAS QUE ASOMBRO.

PETER Paulus se hallaba bajo un pórtico oscuro, á una distancia de unos diez pasos, poco mas ó menos, de la fuente de las Tres Vírgenes.

—En fin—esclamó de pronto cerca de él una voz femenil, fresca y decidida—en fin, se encuentra con quien hablar..... Busco á Beldemonio hace mas de un cuarto de hora.

Y un brazo pasó familiarmente debajo del suyo.

Quién era este nuevo personaje?

Era por esta vez una cosa tan extraordinaria, que Peter Paulus estuvo á punto de caer hácia atrás.

La muger que acababa de tomarle el brazo, era jóven, pequeña de cuerpo, viva en sus movimientos, y usaba el traje coqueto de las grisetas napolitanas.

Traia en la mano una canastilla de naranjas.

Bajo la fallita preciosa, cubierta de encajes negros, que cubria su espléndida cabellera, Peter Paulus habia visto brillar los ojos risueños de su marchesa.

Era su marchesa aquella vendedora de naranjas!

Se estremeció él tan bruscamente á esta vista, que ella le soltó el brazo.

—Qué tienes, Sansovina? le dijo ella.

Luego, viendo que su compañero no se movia, le arrancó el sombrero con un rápido movimiento.

Los cabellos amarillos de Peter Paulus se mostraron, coronando su rostro azorado.

La marchesa prorumpió en una carcajada.

—El *goddam* del buque! esclamó apretándose el estómago; el verdadero *goddam*!

Y poniéndose de pronto seria:

—Por qué diablos os habeis levantado el cuello del paltó? le dijo.

Peter Paulus estaba como ébrio.

Creyó oír que decían junto á él, en francés:

—La *Fiamma!*..... *Fiamma*, te buscan!

Cerró los ojos para recoger sus ideas. Cuando los abrió de nuevo, la marchesa no estaba allí.

Pero un instante despues, al resplandor fugitivo de uno de tantos braseros, vió de nuevo á la marchesa al pié de la fuente, entre aquellos tres hombres que formaban el grupo que tanto le habia interesado momentos antes: el hermoso pescador recargado contra la pared; el marino sentado sobre el pretil, y ese sér prodigioso y elástico, acostado en el suelo.

En aquel momento, el rostro del hermoso pescador estaba vivamente iluminado.

Peter Paulus echó á andar hácia él, maquinalmente y sin saberlo.

Se restregaba los ojos; se creia juguete de un sueño.

No era la primera vez que veia ese rostro tan altivo, de facciones tan determinadas como hermosas.

Ese rostro era el del desconocido, del pisaverde que habia ido en la mañana de aquel mismo dia á bordo del *Pausilippo*, mientras que la policia, la aduana y la sanidad deliberaban almorzando, y en favor de quien habian concedido una escepcion de la regla á todos los pasajeros, sin olvidarse de Peter Paulus, súbdito ingles.

Era el *príncipe*, como le habia llamado respetuosamente el patron del buque.

El que se habia llevado á la muger empujada y á la marchesa!

Príncipe por la mañana, y pescador en la noche! Quién era él, que descendia de un coche con llasones, al lodo fétido de la *Strada-di-Porto*?

Qué habia en ello?

El lector tendrá tal vez curiosidad de saber, qué efecto producía sobre Peter Paulus la vista de su marchesa en semejante compañía?

Para cualquiera que conozca un poco *Cheap-side*, el algodón, el *byronianismo* y las costumbres de los bandidos italianos, la respuesta es bien fácil.

Desde luego, mientras las aberraciones de una marchesa son m a

estrañas, mas imprevistas, mas *eccentric*, mejor representa ella su papel de hija de Satan, y mas y mas se la adora.

De qué serviría una marchesa, si habia de conducirse como una madre de familia?

Poneos en el terreno de la verdad: por poco que Penelope tropieze en el camino de la vida, es preciso ocurrir á los tribunales, si es que no gustais mejor de echarle un lazo al cuello, y venderla por doce sueldos en el mercado de *Smitsh-field*.

Pero á la marchesa, cada desliz nuevo la hace mas interesante. La marchesa puede saltar, marchar sobre la palma de las manos, con la cabeza abajo, y conservar esa aureola fatal que la hace *byroniana*.

La linda vendedora de naranjas le hablaba al pescador con viveza. Este no habia perdido su postura indolente; pero sus ojos brillaban.

El hombre de la pipa, cesando de balancear sus piernas, alargaba curiosamente el cuello para oír mejor.

El elástico mismo, desenrollando el extraño anillo que formaba su cuerpo, levantaba la cabeza como una serpiente.

De pronto, los ojos del bello pescador se fijaron, por casualidad, sobre Peter Paulus, que permanecia ahí, mirando con toda su atencion, inmóvil y la boca abierta cuan grande era.

El pescador tocó el brazo de la morena Paola, y le dijo una palabra al oído.

Paola se volvió.

Y prorumpió inmediatamente en esa ruidosa y franca carcajada de risa, que la vista de Peter Paulus tenia el privilegio de provocar en ella.

El pescador pronunció de nuevo algunas palabras en voz baja.

El elástico se puso en pié perezosamente. Era un gran diablo, bien formado pardiez, con las coyunturas muy sueltas, y que debia hacer el salto mortal á las mil maravillas.

El marino se dejó resbalar como á pesar suyo del pretil, y puso su pipa en el bolsillo.

Apenas puso Peter Paulus atencion á estos movimientos; con tanta avidez así contemplaba á los dos principales personajes de la escena: al príncipe pescador y á la marquesa vendedora de naranjas!

Pudo únicamente notar, que el marino y el elástico habian desaparecido.

Entre la multitud se notó un ligero movimiento.

Peter Paulus oyó estas palabras, pronunciadas muchas veces:

—*Alla girella!*.....*alla girella!*

Instintivamente abrió su fiel diccionario.

Pero, en el momento mismo en que éste le decia las diversas escepciones,

ciones de la palabra *girella*, la multitud parece que quiso encargarse de ofrecerle una traducción literal y sensible.

"Torniquete, molinete, rehilete!"... iba diciéndole el diccionario.

Una espalda tocó el hombro derecho de Peter Paulus, sin lastimarlo; pero en el mismo momento, otra espalda tocó también suavemente su hombro izquierdo.

El primer choque había tenido lugar por delante; el segundo por detrás; y Peter Paulus ejecutó, á pesar suyo, una media vuelta.

Esattamente la mitad de una *girella*.

Mientras iba ejecutando el movimiento dicho, una mano le empujó el codo derecho hácia adentro, mientras que otra le hacia en el brazo izquierdo un movimiento en sentido inverso.

La vuelta completa se verificó.

Habéis visto una locomotiva ponerse en movimiento?

Los silbidos y las bocanadas de humo y vapor salen al principio por intervalos. Al cabo de algunos segundos se repiten mas frecuentemente; empero podría contárseles aún.

Pero de pronto, el espacio falta entre los silbidos y los golpes.

Esto produce, respecto al oído, el mismo efecto que una larga hilera de faroles para la vista.

Las pulsaciones de la máquina llegan á ser bien pronto un zumbido continuo, lo mismo que los faroles ofrecen la perspectiva de una línea no interrumpida de luces.

Así marcha el hermoso juego napolitano de la *girella*.

Los tiempos del movimiento que hemos indicado, van en tal progresión descendente, que en breves instantes el efecto giratorio llega al *summum* de su intensidad:

Es decir, que la víctima de las alegrías populares, gira con la velocidad de un rehilete azotado por el viento.

Entonces la multitud, llena de gozo, estalla en una risa inmensa, homérica, interminable, y grita con todos sus pulmones, siguiendo al rehilete humano:

—*Alla girella! ... alla girella!*

Peter Paulus, asombrado con la primer media vuelta, ofendido con la segunda, azorado con la tercera, quiso resistir; pero el modo?

Son muy duchos en ese ejercicio los malditos!

El marino había impreso el primer movimiento á la espalda derecha; el elástico á la izquierda.

—*Bravo, Ruggieri, amico!*

—*Bravo, amico Cucuzone!*

Mitterino movió el primer codo; Farfalla, el segundo.

Mitterino, el socio de un cochero de alquiler, (para tener un lugar fijo en la plaza); Farfalla, *frisore* ambulante.

—*Bravo, Farfalla! Mitterino, bravo!*

Luego fueron en una doble hilera—porque es preciso que los primeros pasos sean muy en regla—Petruccio, el *cicerone*, Masaccio, el limpia botas, Matteo, el vendedor de Vermout, Russola, el corredor de hoteles, y Gaspardo mismo, el pescador, personaje altivo que había consentido, en la mañana, en encargarse de un paraguas, en el momento del desembarco.

Después fueron todos los Giovanni, todos los Pietri, todos los Carloti, todos los Vicenci, de la Strada-di-Porto.

Y luego, todas las ramilletteras que habían cubierto de flores á milady: Marietta, Giulietta, Antonietta.

—*Bravi tutti!*

—*Brave tutte!*

—*Alla girella! alla girella!*

Al cabo de una docena de vueltas, el infeliz Peter Paulus había perdido completamente la cabeza. Se sostenía solo por la multiplicidad de los choques en sentido inverso, y giraba á lo desesperado, con los brazos tendidos al viento.

La multitud, las tiendas, los braseros y las luces, todo lo veía dar vueltas en torno suyo, con una fantástica rapidez.

Y, luego, ya no veía nada, sino una danza grotesca, infernal de llamas, y de rostros, cuya risa uniforme le hundía en un mar de cólera.

Oía sin cesar ese grito que era como un aguijón á su rabia:

—*Alla girella!*

Hacia esfuerzos inmensos por gritar.

Hinchaba las mejillas.

Hubiera dado cincuenta libras esterlinas, solo por poder decir á aquellos caníbales:

—*Yo ser súbdito inglés!*

Pero la voz se ahogaba en su garganta. Y luego, cómo hacerse oír en medio de aquella infernal boruca?

Iba, giraba, volteaba, atravesando como el viento aquella multitud, que parecía abrirse delante de él, y en la cual, sin embargo, cada individuo contribuía al movimiento.

Su corazón se estremecía convulsivamente; millares de lucecitas chispeaban delante de sus ojos.

Y siempre, siempre en torno suyo esa danza diabólica, de entre la cual partían los gritos:

—*Lasagne d'Amalfi! ... Ravioli ... macaroni di grano duro!*

—*Ostriche di fusaro!*

—*Frutti di mare!*

—*Fritella calida!*

—*Carbonchiosi! Frittume! carnesecche!*

Y sobre estos gritos, dominándolos, confundiéndolos, el inmenso clamor:

—*Alla girella! alla girella!...*

¿Cuánto tiempo duró esto? A Peter Paulus le hubiera sido imposible decirlo.

Solamente, después de un largo martirio, el tufo de los guisados llegó menos penetrante á su estómago trastornado. El movimiento le pareció menos impetuoso; los gritos ya no tan estrepitosos.

Se le figuró que las luces se apagaban. Eran sus ojos que se veían?

Luego, quedó como hundido en unas profundas tinieblas, en medio de un inmenso silencio, interrumpido apenas por algunas risas chillonas y lejanas.

Las risas se alejaron y se apagaron á su turno.

Se sintió girar en el vacío durante un segundo. Vaciló y trastrabilló como un trompo que va á caer, y al fin midió con su cuerpo el suelo, frente á una especie de rampla luminosa, cuyo resplandor le lastimó los ojos.

El pavimento de la calle estaba húmedo y frío; esta sensación fué muy fuerte para su cuerpo, que ardía.

El frío le hizo, pues, despertar.

Sus manos, que tentaleaban en torno de su cuerpo, hallaron el riachuelo, ó mejor dicho, la acequia.

En el momento en que abría sus párpados, el suelo se estremeció con el galope de un coche, que llegaba á toda prisa.

—Cuidado! gritó el cochero.

Instintivamente se arrastró hácia un lado Peter Paulus.

El coche pasó!

Peter Paulus, completamente despierto, paseó una mirada en torno suyo. Le parecía ser víctima de una embriaguez torpe y pesada.

En los solemnes banquetes de Cotton's-club, Peter Paulus se había puesto frecuentemente en un estado semejante.

Pero entonces, Jack tenía encargo espreso de llevarlo á su cama.

En dónde estaba Jack?

En dónde estaba Penelope, cuya flaca mano servía en tales circunstancias el té digestivo, el té indispensable?

Por lo que es Jack, Peter Paulus no se habría atrevido á responder por él.

Pero Penelope! oh! Penelope estaba muy cuerdamente acostada en su lecho, en el hotel de la *Gran Bretaña!*

Ciertamente, la hija de Jocasta Watergruel, no era una muger divertida; pero por lo que es la virtud, en cuanto á la decencia, y á todo lo que era *counvéneble*, Penelope le sacaba ventajas á la misma Lucrecia, el tipo mas perfecto de la *conveniency*.

Peter Paulus no conocía, ni tenía idea del sitio en que se hallaba en aquel momento. Era una plazuela bastante estensa, y rodeada de edificios elegantes, en su mayor parte modernos.

Una larga calle, bien alineada é iluminada, se extendía á su derecha. Frente á él estaba esa gran claridad que le había deslumbrado en el momento de su caída.

Era la fachada iluminada de un palacio de estilo griego, adornado con una doble hilera de columnas.

Peter Paulus se había arrastrado con piés y manos, hasta el ángulo de la plazuela, para ponerse al abrigo de los coches que siguieran pasando.

Un reverbero iluminaba al propio tiempo dos rotulones, colocados formando escuadra, sobre los dos lados del ángulo.

Uno de los rotulones decía: *Strada-di-Toledo*; y el otro: *Largo dello Spirito-Santo*.

Esta era una buena oportunidad de consultar el plano; pero ay! Guía y diccionario, todo había desaparecido en la gran tempestad de la girella!

Los ojos de Peter Paulus se dirigieron hácia la brillante fachada del palacio. El coche que había estado á punto de aplastarlo, estaba parado frente al peristilo.

Las fantasmagorías, son como la desgracia, que segun dicen, jamas viene sola.

Puede afirmarse con toda exactitud, que una vez entrado uno en el mundo de la fantasía y de los asombros, nadie sabe en dónde se detendrá.

Es una especie de sueño, que huyendo sin cesar, y trasformándose perpetuamente, os hace ir de aquí para allá en el dominio de lo imposible.

Ciertamente, Peter Paulus había tenido bastantes motivos para que dar atónito y estupefacto, desde que se había levantado el cuello de su paltó y puéstose espejuelos azules, para viajar de incógnito por Nápoles; pero por esta vez llegaba al colmo!

El sueño se convertía en una horrible pesadilla.

Peter Paulus vió descender del coche á un hombre de cerca de seis piés de estatura, vestido con un uniforme militar.

Hasta aquí no había nada de funesto.

Pero despues del gigante descendió una muger larga y flaca, vestida con un traje de raso azul celeste, una manteleta color de rosa, y un peinado ó turbante anaranjado.

Despues de todo, podia haber otras mugeres tan largas y tan flacas como Penelope.

Peter Paulus conocia lo menos nueve en Cheapside.

Pero era acaso para otra, para quien en un día de munificencia, Peter Paulus había comprado seis anas de raso azul celeste?

El abuelo Watergruel, viejo infeliz! había comprado para otra tambien esa manteleta color de rosa?

Y el peinado anaranjado con vivos rojos? podia haber dos? no lo había hecho fabricar expreso, Socasta, por su modista francesa de Mary le-bone?

Penelope con un coronel! oh demencia!

Delirio! Penelope con el traje de baile que llevaba el año pasado en la tertulia de Smithson & Copperfields, la primera casa de cueros de todo el Ave-Mary-Lane.

Peter Paulus llamó á Penelope por su nombre, y se precipitó dando terribles saltos hasta el peristilo del palacio.

Cuando llegó, la muger larga y flaca, su vestido azul celeste, su manteleta color de rosa, y su peinado anaranjado con vivos rojos, todo había desaparecido bajo el vestíbulo.

No quedaba mas que el gigante.

Peter Paulus, á quien la rabia trasformaba en leon rugiente, se echó sobre él acusándolo de raptó, y llamándolo *malfaitor*.

El gigante, con un simple revés de mano, lo lanzó lejos.

Peter Paulus cayó entre un grupo de lacayos, y el gigante entró al palacio.

—Yo quiere ir! gritaba el inglés celoso.... yo quiere detener ese corruptor..... ser miladi!..... Yo rogar vosotros!..... Oh! de-
testebeule pícaro!.....

Los lacayos le rodecaban y le impedían, riéndose, el paso.

Quiso pagarles, pero su bolsillo se había estraviado en los círculos de la girella.

Su bolsillo, su reloj, su cadena, cuanto el Guía le había aconsejado poner en lugar seguro.

Hizo un supremo esfuerzo para vencer los obstáculos; pero los lacayos, viendo aquel traje hecho trizas y cubierto de lodo, aquel rostro trastornado, no pudieron figurarse que tenían que habérselas con un gran comerciante de algodones.

—No se entra al palacio Doria, le dijeron, sin tener una carta de convite!

Peter Paulus hizo aún algunos esfuerzos; luego se estremeció de los piés á la cabeza, y al fin se tranquilizó.

—Estar buenel dijo; yo estar contente de saber!..... El palacio Doria! Yo tener mi carta de recomendacion..... yo hacer venir luego, luego la policia!.....

Atravesó el grupo formado por los criados, y pasó de un extremo á otro de la plazuela del Espíritu Santo, á grandes pasos, gesticulando y hablando solo.

Se metió en el primer coche de alquiler que halló.

—A la casa del director de la policia reale! gritó. Yo ser súbdito inglés..... y yo sospechar milady..... Yo rogar corre moch!.... yo quiere hacer un ejemplo..... fourmalement!.....

VI.

MARIOTTO EL IMPROVISADOR.

Despues de la época en que pasa nuestra historia, los alrededores de la Strada-di-Porto han cambiado muy poco, á lo menos en la parte comprendida entre esa calle principal y los puertos.

Allí se elevaba aún en 1823 el Castel-Vecchio, antigua residencia de los reyes de Nápoles de la casa de Anjou. El Castel fué casi destruido por el incendio de 1829, y completamente demolido dos años despues.

La Strada-di-Porto iba á dar á Castel-Vecchio, no directamente, sino por medio de las calles adyacentes. Comunicaba, ademas, con las

diversas porciones del antiguo edificio, yendo á dar á él muchas de las callejuelas que parten de su centro hácia los lados, como las ramas de un gran trónc.

Evidentemente el Castel-Vecchio fué en su origen el centro de todo el cuartel. El enredijo tortuoso de esas callejuelas, le habia escogido como término comun de todas sus salidas.

Allí estaba el antiguo edificio, negro y adusto, pero fuerte aún á pesar de las injurias del tiempo, en el mero centro de un verdadero laberinto.

Servia de prision desde el advenimiento de los Borbones al trono de Nápoles, y una gran plaza irregular que quedaba limitada por la muralla oriental de la iglesia de San Pedro el Mártir, era el lugar en donde se hacian las ejecuciones capitales.

Detrás de la fuente de las Tres Vírgenes, en donde veíamos hace poco ese grupo inmóvil y silencioso, que Peter Paulus, por su desgracia, habia contemplado muy de cerca, se abrian dos callejones, de los cuales, uno iba á dar á la plazoleta de San Pedro, mientras que el otro desembocaba frente á la entrada meridional del castillo, por el portillo de Avalos.

Cinco minutos despues que nuestro Peter Paulus hubo sido arrebatado por el torbellino fantástico de esa girella que le habia hecho ver tantas candelas, la Strada-di-Porto ya no se acordaba de él.

Al cabo de unos diez minutos poco mas ó menos, el hombre de la pipa volvió á sentarse sobre el pretil de la fuente de las Tres Vírgenes. El elástico, que le habia acompañado hasta la plaza del Espíritu Santo, en donde habian dejado á Peter Paulus incrustrado en el lodo, no le seguia.

Se habia detenido en el camino. Se habia agarrado á dos manos del mástil que sostenia la muestra de un vendedor de macarrones, y hacia el *braecchio ferrato*, con notable gusto de los holgazanes y de los curiosos.

El *brazo de hierro*, como todo el mundo sabe, es un ejercicio de fuerza, que consiste en mantener el cuerpo en una posicion horizontal, apoyado solamente con los puños.

Cucuzone sabia una porcion de cosas mejores que esa.

La multitud se dispersaba poco á poco de los alrededores de los braseros. Los únicos que atraian ya la atencion, eran los cuatro ó cinco vendedores de impresos, que pregonaban las aventuras del famoso baron de Altamonte, ese bandido cubierto de crímenes, que habia asesinado al banquero judío Samuel Graff, antiguo secretario é intendente particular del duque del Infantado.

Los que, sobre todos, tenian encantada á la multitud, eran los dos ó tres improvisadores, que contaban con variaciones y aumentos infi-

nitos, la historia contenida en los impresos: la historia de Felice Tavola, supuesto baron de Altamonte, bandido de la Calabria, y uno de los siete *Compañeros del Silencio*.

Habia una especie de cisma entre los diferentes autores de noticias.

Los unos pretendian, como lo hemos dicho ya, que ese baron de Altamonte era el célebre Porporato; los otros afirmaban, con cierta especie de jactancia, que la cuerda destinada para este rey de los bandidos, no estaba aún tejida.

En cuanto á lo que tenia relacion con los *Compañeros del Silencio*, era otra confusion mayor: tantas eran las opiniones contradictorias, cuantos eran los oradores.

Puede afirmarse tambien, que entre los diez mil habitantes de esa calle hospitalaria, la Strada-di-Porto, habia diez mil versiones diversas acerca de los *Compañeros del Silencio*.

No era hoy cuando se ocupaban por primera vez de ellos. Hacia tres meses, estas palabras, *Compañeros del Silencio*, estaban en todas las bocas en Nápoles; pero mientras mas se hablaba de esta misteriosa hermandad, menos se la comprendia.

Los rumores se cruzaban, y se amontonaban, si podemos espresarnos así. En este conjunto, sin cesar creciente, de rumores, tal vez se hallaba la verdad, pero perdida en tal embolismo de exageraciones y de fabulas, que se hubieran necesitado ojos de lince para descubrirla.

Habia, ademas, una buena razon para que la verdad no se aclarase. El título mismo que se habian dado los miembros de la asociacion del Silencio, resumia sus estatutos y su ley.

Callarse, he aquí la regla.

Cada cual lo decia; cada cual añadia que toda palabra indiscreta era traicion, y que toda traicion era castigada con pena de muerte.

A aquellos que tenian noticias tan esactas, podria habérseles preguntado, de dónde les habian venido.

Pero cuando se trata de sociedades secretas, la historia es siempre la misma, desde los misterios de Isis, hasta los Carbonarios y los *Compañeros del Silencio*.

Nadie ha podido penetrar la sombra terrible que envuelve la asociacion; y no obstante, todo el mundo cree saber.

En el momento mismo en que están declarando que el misterio es impenetrable, es cuando os revelan esto ó aquello que forma parte del mismo misterio.

Tan luego como hay un enigma propuesto, todo hombre tiene la manía, la pasion, de buscar la solucion. Cuando no hay enigma, evocamos el fantasma.

La multitud era cómplice, en toda la estension de la palabra, sin sa-

berlo y sin quererlo: no solo la multitud pobre y harapienta que inunda la Strada-di-Porto, sino tambien esa otra multitud brillante, llena de elegancia y de esplendor, que llenaba en aquel momento los salones del palacio Doria.

Entre el pueblo, así como entre la aristocracia, en todas partes hubiérais oído las mismas palabras: los Compañeros del Silencio.

Y el mismo nombre: el Porporato.

Sabian algo? no sabian? estaba bajo los cerrojos de Castel-Vecchio? corria aún por la montaña? O bien, ¿cosa temible! estaba en Nápoles, como lo afirmaban, haciendo dinero con su belleza, con su audacia; impalpable como una vision, tomando todas las formas, representando todos los papeles; hoy muger, sacerdote mañana, soldado, pisaverde, gran señor; burlándose siempre, y siempre desafiando la proverbial habilidad de la policia real!

Era el enemigo de los Compañeros del Silencio? era su jefe?

Si era él ese baron de Altamonte, iban por fin á verlo subir las gradas del cadalso?

El, el Porporato, que tantas veces habia enseñado, sobre el cadalso mismo, en el último momento, su casaca roja?

El, que tantas veces habia libertado á la víctima, y dispersado á los verdugos?

El, que, hablando como si fuera rey, habia dicho: "No quiero mas sangre!"

No habria al último alguna gran escena; una tempestad?

Estaba forjada siquiera la hacha que debia cortar el cuello de ese moderno Juez Franco?

Porque era un bandido, es cierto; pero sería necesario un volúmen de á folio, si quisiéramos apuntar solamente los entuertos que habia enderezado, segun la voz pública, y los crímenes que habia evitado.

En su historia, épopeya estraña, poema popular de cien mil episodios, imposibles por su misma variedad y abundancia, el bien abundaba como el mal. El crimen marchaba á la par que la grandeza. La virtud estóica aparecia como un relámpago, en medio de las tinieblas de la prostitucion.

Ese gigante poseia, conforme á la leyenda, cada vez mas aumentada, todo lo que viene del cielo, y todo lo que produce el infierno.

Era generoso, y era cruel; leon y tigre al propio tiempo. Tenia, como ese dios de las mitologías del Norte, el acero en una mano y en la otra el bálsamo.

Si los boruquientos convidados de la Strada-di-Porto hubieran estado bien convencidos de que su Porporato debia ser ejecutado á la ma-

ñana siguiente, no sabremos decir acertivamente cuál habria sido aquella noche la fisonomía de la multitud.

Lo mas probable es, que hubiera habido un pesar profundo; tal vez un motin.

Pero el pueblo napolitano lo convierte todo en diversion. Jugaban con la emocion. Nadie creia en el peligro.

Puede decirse mas: nadie creia que el peligro fuera posible.

Porporato era, á los ojos de todos, invulnerable como Aquiles.

El que tenian encadenado en el Castel-Vecchio, debia ser algun oscuro afiliado, como los que la policia real habia presentado ya muchas veces con el nombre de el Porporato. Y si por un acaso imposible era él, el Porporato en persona, habia mucha distancia de la prision al cadalso!

Su génio familiar velaba sobre él. Nadie habia oido decir que Fiamma, la deliciosa hija de los zingaros, estuviera presa!

Fiamma, su hermana ó su ángel guardian, su esclava y su reina, que le permanecia fiel, en medio de la prolongada orgía de sus amores.....

No habia mas que un hombre y una muger en Nápoles, que fueran tan populares como el Porporato y Fiamma.

El hombre era Fulvio Coriolani, el magnífico príncipe, de mano pródiga, cuyo carruaje espléndido dejaba tras sí un rastro de oro, cuando pasaba por los barrios pobres de la ciudad.

La muger era Angélica Doria, la bella entre todas las bellas, la providencia de los desgraciados, la sonrisa de los afligidos.

Si Porporato hubiera querido luchar con Coriolani, ó Fiamma con la bella Angélica, oh! entonces ese petulante y apasionado pueblo de Nápoles, quién sabe si hubiera abandonado al Porporato y á Fiamma.

Pero si el Porporato hubiera intentado la conquista de Angélica; si Fiamma hubiera declarado solemnemente la guerra amorosa á Coriolani, ¡santo Dios! los napolitanos se habrian puesto al balcon, dispuestos á coronar al vencedor!

Entre bandidos y príncipes italianos se verifican estos torneos.

Pero esto es una pura fantasia. Coriolani solo era digno de Angélica. Ninguna otra que Angélica podia llenar el corazon de ese brillante Coriolani.

Nápoles entero habia declarado, que Coriolani sería el esposo de Angélica.

En el mundo noble, del cual Angélica y Coriolani eran las dos estrellas, sabian tal vez algo mas respecto al príncipe, que en la Strada-di-Porto; pero no mucho.

Los motivos del favor singular de que gozaba en la corte, eran un secreto para todo el mundo.

Una anécdota había circulado.

El conde Loredano Doria, ese hermoso romano, que hemos visto tan cerca de la muerte en la posada del Corpo-Santo, en la Calabria, era amigo de Coriolani y tutor de Angélica.

El día en que el príncipe Coriolani fué á pedirle la mano de su hermana, Loredano respondió:

—Mi hermana está ya prometida.

Y era la verdad. Angélica había sido prometida en matrimonio, desde su más tierna infancia, á Romeo, de los príncipes de Angri, marqués de Malatesta, su primo, uno de los más valientes y brillantes jóvenes de la nobleza napolitana.

Coriolani no insistió; pero en la noche misma, provocó á Malatesta al salir del teatro de San Carlos, y lo puso en cama de una terrible estocada.

El rey conoció del negocio, y prohibió que persiguieran á Coriolani.

Francisco de Borbon, el príncipe heredero, hizo más. Mandó llamar á Loredano.

Loredano dijo al heredero de la corona:

—Aun cuando Juan Malatesta, y todos los marqueses de Nápoles, con todos los condes, se vayan al otro mundo por mano de nuestro amigo Fulvio, nunca será éste el esposo de Angélica Doria, mi hermana!

—Por qué? preguntó Francisco de Borbon.

—Porque nosotros somos Doria! respondió Loredano.

Francisco se sonrió.

—Os parece, pues, que Fulvio es algún hidalgo de gotera? le dijo.

—No sé de dónde viene, replicó Loredano; no sé quién es.....

Ese nombre de Coriolani será bueno para un hijo de rey, puesto que es moda darles títulos de fantasía..... Pero, de los hijos de los reyes, cuando se trata de esos nombres caprichosos, va uno á dar hasta los aventureros.

El príncipe real se puso serio y meditabundo.

Luego replicó:

—Los Doria son nobles pero Borbon vale también algo, no es así, conde Loredano?

—Monseñor se chancea.... balbutió Doria.

—Dios me guarde! dijo el heredero de la corona con cierta solemnidad; quiero solamente deciros, conde Loredano, que si permaneciendo Borbon, no fuera hijo de un rey, le daría con mucho gusto la princesa mi hermana á ese alteza de fantasía, para emplear vuestras propias expresiones, que se llama Fulvio Coriolani.

El resto de la conversacion no se contaba.

Pero pocos días después comenzó á decirse, que el mismo rey de Nápoles firmaría el contrato de matrimonio de la princesa Coriolani.

Así llamaban ya á la bella Angélica.

El marqués de Malatesta era un noble joven, que tenía muchos amigos. Se formó un partido contra Fulvio, quien ni siquiera se digno conceder un momento de atención á esa trama.

Examinaron su vida; quisieron investigar su pasado.

Los curiosos y los hostiles se quedaron á oscuras desde los primeros pasos.

Detrás del presente de este hombre, no había más que tinieblas.

Solo tinieblas!

Tinieblas impenetrables á toda mirada humana!

Entonces comenzaron á circular sordos rumores, no entre el pueblo, que ignoraba esas anécdotas de salón, sino en la corte misma.

Allí, donde la malevolencia ó el odio, deteniéndose ante lo desconocido, no encuentran para hincar su diente venenoso, ni aun ese espacio que todo hombre halla, vencidos un momento, no tardan en cobrar nuevas fuerzas, y concluyen por exceder todos los límites.

Van tanto más lejos, cuanto mayor había sido el obstáculo.

Los amigos de Malatesta se atrevieron á decir.....

Pero no nos parece conveniente decir cuántas absurdas acusaciones inventó la cólera de los celosos y los vencidos, contra el león de los elegantes napolitanos.

Se trata ahora para nosotros, del Proporato, y no de Fulvio Coriolani; no nos ocupamos de los cortesanos de Nápoles, sino de los Compañeros del Silencio.

En el momento en que el hombre de la pipa y el elástico volvían de su expedición contra Peter Paulus Brown, de Cheapside, el hermoso pescador había abandonado el lugar que ocupaba un momento antes en la fuente de las Tres Vírgenes.

No se veía allí ya, más que un improvisador ó narrador público, rodeado de multitud de curiosos.

Pero había un ir y venir misterioso por los callejones vecinos; y el hermoso pescador no debía estar muy lejos, porque la vendedorcita de naranjas enseñaba á cada momento su alegre rostro por la embocadura de los callejones del Delfino ó del vico Sorrente.

Así se llamaban las calles angostas y tortuosas, que desde la fuente iban á dar á Castel-Vecchio, á unos trescientos pasos de distancia, la una á la derecha, y la otra á la izquierda de la plazuela de San-Pietro-Martire.

Las gentes que iban y venían, con cierto aire de centinelas, se pare-

cian exactamente, en cuanto al traje, á los bebedores y comedores de la Strada-di-Porto; solo que no prestaban mas que una atencion muy pequeña á las enfáticas narraciones del improvisador.

Esto establecia entre ellos y la multitud una inmensa diferencia. La multitud era toda oidos.

Ademas de estos vigilantes centinelas, se podian distinguir entre el gentío algunos individuos, de mirada investigadora é inquieta, que procuraban introducirse entre los grupos. Ya hemos visto gentes de éstas, rodear un instante en torno de Peter Paulus.

En París, nuestros agentes de policía se guardan muy bien de escribir con caracteres legibles sobre su sombrero, como el pastor de La Fontaine: "Yo soy Guyot, pastor de este rebaño."

En Nápoles podia decirse, que todo se hace de juguete; todo tiene una fisonomía teatral; los bandidos tienen un traje particular, que está diciendo de lejos: Venid á ver un bandido. Los agentes de policía son de comedia, y su uniforme, visible á gran distancia, murmura: "Nosotros somos los alguaciles, tened la bondad de escoger el momento en que pasemos, para confiarle al viento vuestros mas importantes secretos."

Esos individuos de mirada inquieta é investigadora, eran los agentes de policía real.

Todo el mundo los conocia, y no molestaban á nadie. Los *rateros* les ofrecian con gusto un polvo en la tabaquera robada, y nuestros misteriosos centinelas se guiñaban el ojo amistosamente, al encontrarse con ellos.

Es la capital de la Arcadia esta ciudad napolitana. Los lobos y los corderos fraternizan á toda hora del dia.

—Sí, que ni duda; es el Porporato—decia el improvisador en jerga napolitana—es el Porporato, amigos queridos! Lo juro, por estos ojos que *se han de comer un dia la tierra!*..... Y si no, ahí está el señor Onofrio, que puede decirnos si miento.... Buenas noches, señor Onofrio!

El señor Onofrio era uno de los Guyots de la policía central; cabeza inocentemente sombría, como la de un figurante de melodrama!

Quedó visiblemente contento con el apóstrofe; pero se cubrió la boca con el cuello de su capa.

—Conten tu lengua Mariotto, le dijo con severidad, si aspiras á vivir largo tiempo!

—Muchas gracias, señor Onofrio! gritó Mariotto el improvisador, cuando el agente de policía se hubo perdido entre la multitud. Ya veis, queridos amigos, si ha dicho que mentía..... Y por qué habia yo de mentir, Dios lo sabe!..... Seria la primera vez en mi vida!.....

—Bravo, Mariotto! bravo! exclamaron por todas partes. Jamas has mentido..... tus palabras son como artículos de fe!

Mariotto puso un rostro muy alhagüeño.

—Me es muy grato, mis amigos queridísimos, dijo, recibir públicamente este honroso testimonio. Soy pobre y no tengo con que pagar la lisonja; vuestras palabras son, pues, sinceras..... En recompensa, voy á deciros una cosa que no sabeis.....

—Habla, Mariotto, habla!

Todo el mundo procuró guardar silencio.

Mariotto hizo ademán de meditar.

—Mis amigos, exclamó despues de un breve silencio; las palabras son espíritu de vida, pero es un espíritu que no alimenta. Tengo una muger, dos hijos y tres hijas..... Os parecerá, por lo mismo, muy justa y muy razonable la peticion que os hago, de que me colecteis un *carlino* por la noticia que voy á comunicaros.

—Si la noticia es buena, cuenta con tu carlino, Mariotto.

—Mas vale un toma que diez te daré, carísimos amigos, insistió el improvisador. Dando dando; el carlino por la noticia!

El carlino de Nápoles vale diez *grani*, ó veinte dineros torneses, es decir, poco menos de medio y cuartilla de nuestra moneda.

Todos conocian á Mariotto: por lo mismo, fué necesario colectar el carlino, para saber la noticia.

Dinero á dinero, la colecta fué hecha.

Entonces Mariotto, despues de haber dado las gracias, con una profunda caravana, á sus amigos, habló en estos términos:

—Hay baile esta noche en el palacio Doria; yo soy quien lo dice.

—Oh! exclamó la multitud descontenta; todos nosotros sabemos ya eso!

—Te has vuelto ladron, Mariotto? añadió una buñuelera, que llegó hasta á ponerle el puño en las narices.

Y veinte voces irritadas:

—Devuélvenos el carlino, pícaro Mariotto.

En esos momentos de tempestad era cuando Mariotto Cigoli demostraba todo su valor.

—Qué si me he vuelto ladron, bruja infernal! exclamó. He dicho alguna vez, lo que es verdad, que hay en tus buñuelos mas gusanos que harina? Qué si me he vuelto ladron, hato de condenados?..... Oyes, Russola, hijo de la horca, soy yo quien me robé el reloj del inglés?.... Soy yo quien puse la almohada sobre la boca y las narices de mi muger, Miterino?..... He recibido tus lecciones para ser bandido, Farfalla, aperito de la cárcel?.... y las tuyas, Giovanni, tú que te estás sonando en el pañuelo de tu amo?.....

—Vaya! vaya! silencio Mariotto! dijeron los que no habian sido nombrados aún. Si ha sido todo una pura chanza..... guarda tu carlino, y gánalo!

—San Gennajo! exclamó el improvisador; ya sé que todo ha sido nada mas chanza!..... Yo tambien he querido chancearme un poquito.... Esto alegra el ánimo, mis queridos amigos.... No sabemos todos que mi comadre Taddea vende los mejores buñuelos de la Strada-di-Porto? que Russola se halló el reloj del inglés? y que Miterino queria solo calentar á su querida muger?.... Lo que sucede, palomitas mias, es que hablásteis muy de prisa!.... Mi noticia vale diez carlinos en vez de uno.... y aun si mucho me apurais, el precio será un duro!.... Sabeis por qué hay baile esta noche en el palacio Doria? No? Ni cómo lo habeis de saber?.... No alternais, mis pobres pichones, con esas gentes, y á penas las veis cuando van en coche á la iglesia....

—Y tú los ves de mas cerca, no es verdad, Mariotto? le interrumpió Farfalla, que le conservaba algun rencor.

—Yo, respondió con dignidad el improvisador, no adulo á los grandes, pero frecuento su trato..... soy primo lejano de Marin Caffaro, el segundo camarista de Loredano Doria..... Hay baile en el palacio, porque la contessina va á celebrar esponsales....

—Con Fulvio Coriolani! exclamaron todos á una voz.

—Vaya! lo que es ahora, sí habeis adivinado, mis amigos!.... Y qué hay en ello de admirable? teneis tanto talento!..... pero no es esa todavía mi noticia.

Todos los oyentes se acercaron mas y mas al improvisador.

—Mi noticia, continuó Mariotto, no vale un peso duro, vale veinte.... El príncipe Coriolani ha sido asesinado esta noche!

VII.

EL SALTARELLO.

HUBIERASE podido decir, que aquella masa compacta de atentos oyentes acababa de recibir un choque eléctrico.

Retrocedieron un paso, y el círculo se ensanchó maquinalmente.

Esto se verificó en medio de un profundo silencio; el silencio del estupor.

Luego se levantó un gran clamor, formado por mil voces distintas

—Es posible!

—Coriolani asesinado!

—Si es Malatesta quien ha hecho eso, por San Juan, que no entrará al paraiso.

—Dónde ha sido la muerte?

—A qué horas?

—Se conoce á los asesinos?

—Tate! tate! tate! dijo Mariotto, orgulloso y contento con el efecto que habia producido; creéis que muchos os hubieran dado noticias como esa por un carlino?..... Mis amigos queridos, cuando digo asesinado, no es porque yo haya visto el cuerpo.....

Hubo entre la multitud un gran suspiro de consuelo, porque el príncipe Coriolani era adorado en Nápoles.

—Pero, replicó el improvisador, no por eso están mejores las cosas, os hago jueces.... Habia gran festin en el palacio Doria. El príncipe estaba allí, como es justo, colocado al lado de la contessina.....

—Oh! dijo Masacchio; el ángel del cielo!